

S E L M A

Ancira

EL TIEMPO DE LA MARIPOSA

UN RELATO SOBRE LA RELACIÓN PERSONAL
Y LITERARIA ENTRE UNA TRADUCTORA,
LA OBRA DE NIKOS KAZANTZAKIS
Y LA LENGUA GRIEGA

PRÓLOGO DE MÓNICA LAVÍN

gris tormenta

SELMA ANCIRA

(Ciudad de México, 1956) es traductora literaria del ruso y del griego moderno. Es reconocida por haberle descubierto al mundo hispanohablante la obra de Marina Tsvietáieva: una de las figuras más importantes de la poesía rusa del siglo xx. Además ha traducido a una vasta cantidad de escritores griegos y rusos fundamentales como Lev Tolstói, Yannis Ritsos, Antón Chéjov, Nikos Kazantzakis, Alexandr Pushkin, María Iordanidu o Theodor Kallifatides. Sus traducciones se distinguen por la importancia que tiene el contexto, la materia y todo aquello que el tiempo no diluye y permanece, como la escritura, accesible a quien lee con la idea de recrear una obra en otro idioma. Lo anterior le ha merecido algunos de los premios más relevantes del gremio en Rusia, España y México, donde se convirtió en la primera persona en recibir el Premio Nacional de Artes y Literatura por su labor de traducción.

MÓNICA LAVÍN

(Ciudad de México, 1955) es periodista y escritora. Su trayectoria literaria incluye libros de cuentos (como *Ruby Tuesday no ha muerto*), múltiples novelas (destacan *Café cortado* y *Yo, la peor*, una obra donde reconstruye la vida de sor Juana Inés de la Cruz), ensayos, cuentos infantiles y columnas periodísticas.

El tiempo de la mariposa

El tiempo de la mariposa

Selma Ancira

Prólogo de Mónica Lavín

colección editor

gris tormenta

Presentación

9

Prólogo

13

El tiempo de la mariposa

27

PRESENTACIÓN

La colección Editor

En el universo de los objetos con los que nos relacionamos todos los días, el libro es quizá el más complejo de todos. Sencillo a simple vista, es tal vez el que más particularidades e idiosincrasias contiene, el que más historias encierra. Aunque la publicación de un libro parezca el feliz resultado de un pensamiento claro y directo, la bitácora de gestación y de trabajo de cualquier título —si existiera por escrito— revelaría una trayectoria más bien azarosa, nunca proveniente de un camino lógico ni lineal. La colección Editor intenta mostrar ese largo e inesperado proceso que

existe antes de que un libro llegue a una librería o de que sea abierto por un lector: una exploración literaria desde la curiosidad del editor.

A través de testimonios en primera persona, esta colección de títulos dedicados a los diferentes oficios alrededor del libro propone reflexiones sobre una industria que no suele contemplarse a sí misma muy a menudo. En un presente en donde cualquier persona puede escribir y publicar en el vacío, sin necesidad de editores ni lectores, esta colección propone discusiones en la dirección opuesta: ¿cuáles son los conceptos centrales que se ponderan en los debates editoriales más complejos; las dudas y las certezas; las sutilezas del proceso creativo, esenciales y distintas en cada libro y para cada escritor?

Los autores de los textos que forman la colección reflexionan y ensayan sobre los procesos editoriales y el pensamiento literario que da vida a cada obra —un ejercicio de análisis esencial y atemporal. De la creación

a la edición, de la traducción a la composición, Gris Tormenta tiene un gran interés por esos textos, raros hallazgos e historias originales sobre la maquinaria oculta y las ideas que suceden en el *backstage* del mundo editorial contemporáneo.

PRÓLOGO

El método de una pasión

Traducir es hacer visible lo que de otro modo permanecería en la penumbra, es posibilitar una experiencia, como sacar un barco hundido del mar. La lengua ajena y la propia son las dos aguas que un traductor conoce, descubre y ama para bucear en una y hacer emerger la materia en la otra. Es un acto que duplica la generosidad, pues escribir es dar: volver a escribir utilizando otra lengua es dar por partida doble.

Gracias a Selma Ancira leí *Otra vida por vivir*, del griego Theodor Kallifatides, quien narra precisamente cómo al volver a Grecia,

atribulado por una sequía creativa —había hecho del sueco la voz de su escritura—, la lengua materna le devuelve el contacto con recuerdos y emociones que solo puede expresar en el griego de cuna. El relato autobiográfico es, entre otras cosas, una bella reflexión de cómo registramos el mundo en una lengua u otra. Si Selma Ancira no hubiera hecho la traslación del griego moderno que eligió Kallifatides al español que hablo y escribo, no hubiera sido posible ese diálogo en el silencio con un escritor que desconocía. Nunca es suficiente el agradecimiento para quien posibilita esa experiencia de lectura.

Un escritor no emprende una obra si no hay una provocación emocional, un reto, algo por descubrir que nos ata a la silla de la incertidumbre, a la siembra de palabras por un tiempo indefinido, donde no se sabe si el entusiasmo por ello sostendrá el ánimo del trabajo creativo. Escribir es meterse en problemas; la traducción es una manera de ser escritor.

Aquí Ancira elige contar las tras bambalinas de la traducción al español de la novela *Zorba el griego*, de Nikos Kazantzakis, que realizó movida por el rito de familia que era ese baile compartido por Anthony Quinn, cuya actuación en la película del mismo nombre celebraba el padre de Ancira, un actor destacado que con el monólogo *El diario de un loco* marcó a mi generación. Pero, como confiesa Ancira, fue Irene Papas, «la bella viuda cuyo rostro era la representación misma de Grecia», quien de verdad dejó huella en ella. Y desde esa cicatriz en la memoria —después de estudiar literatura comparada en Moscú, apasionada por el ruso y el griego— un día leyó *Zorba* en la lengua de Kazantzakis. Lo bebió, lo anotó, lo marcó, porque la traducción no solo es la traslación de las palabras. Con cuánta claridad expresa la autora lo que va de por medio para estar a la altura de la propuesta estética, la viveza y fuerza y el sentido de la obra.

Así como Kazantzakis y *Zorba* trabajan en el yacimiento de lignito de Prastová,

Ancira viaja a Creta y al Peloponeso y se vuelve gambusina: desentierra del paisaje, del pasado, de las bocaminas a ras de suelo, de las cuevas y los museos, de las iglesias y las mesas y de la memoria de los otros el significado de frases o vocablos en desuso, expresiones coloquiales y hasta palabras inventadas por el autor. No se traduce únicamente desde el escritorio poblado de diccionarios, ni desde la inmersión al bagaje de palabras en ambas lenguas adquirido con la experiencia, el tiempo y las lecturas. A esa zambullida en el pozo del vocabulario se suma la que es necesario hacer en el lugar geográfico, en la contraparte del espacio literario, en los caminos y escenarios que habitó el escritor.

Traducir es ponerse en los zapatos del otro para mirar desde ciertas perspectivas, vivir la temperatura del aire, las llanuras de vides y olivos, el balido de las ovejas, la conversación en los cafés vedados a las mujeres desde cuya entrada la traductora mexicana se planta y

vocifera su propósito y la necesidad de acompañamiento. En esta alquimia de dos lenguas que le corre por las venas también hay un espíritu arqueológico, una curiosidad imparable, un paladeo de sonidos y fraseos, una manera de entender el mundo como Zorba, su personaje ahora hecho en español con la naturalidad y la fuerza con que Kazantzakis lo concibió en *su* griego.

Acompañando a Selma Ancira en esta bitácora y reflexión sobre la traducción, veo que esa transmutación en el autor, ese conocer su sensibilidad y su mirada, se asemeja a la invención del personaje en la ficción. Miramos, sentimos y pensamos con ellos. Solo así funciona la ilusión de realidad, desde adentro. Las líneas de documentación y exploración de campo de quien traslada las palabras de una lengua a otra parecen correr en paralelo con la invención de los personajes para una novela. Lo sospechamos.

Como escritora, encuentro en el relato del trayecto para verter *Zorba* al español, y

en el deseo de precisar qué es un traductor, que nuestros procesos creativos se tocan. Es el privilegio de Selma Ancira encarnar las búsquedas literarias de los autores que admira; es vivir con ellos, es habitar la ficción de caminar hombro con hombro, tomar el tintero o la pluma o la máquina y verse en el papel con la misma pasión que ellos. Ancira y sus autores traducidos son pasiones engarzadas. Me maravillan los pormenores de este acompañamiento.

La autora de este libro se nutre de las palabras cosechadas tras las preguntas y los caminos, de las descripciones cotejadas en pueblos e iglesias para lograr la espontaneidad del texto. Come las palabras que tiene que desentrañar en la lengua del autor, y se alimenta del español rico y vigoroso en que puede conseguir esa simbiosis donde los bordes entre el creador y su traductora desaparecen. La invisibilidad del traductor — que es el artífice de la visibilidad en el idioma que estrena una obra que fue pensada y

escrita en otro — es solo aparente. Es en realidad una fusión con el autor: el traductor es también el autor. No basta conocer las lenguas y sus misterios y posibilidades, se necesita una pasión que insufla de complicidad y cercanía al autor descifrado. En realidad, traducir es revelar al otro, es darle vida en un tiempo y una lengua ajenos, es ponerse en su pellejo para comprender, para estar, para lograr en la página esa misma vida intensa que el escritor buscó con sus palabras. «Funambulista» dice de sí misma mientras controla el equilibrio en la cuerda para no traicionar al autor y lograr la altura moral de la obra y la seducción de las palabras. Selma Ancira afirma que traducir es leer, es andar de oído, es viajar, es desde luego escribir, compartir, es afinar el alma con el autor y la obra, es comprender, es una manera de estar en el mundo. Pienso en aquel pasaje en donde Zorba cuenta cómo se entendía con un ruso, cada uno hablaba en su idioma incomprensible para el otro, y en

cierto momento era el baile el que permitía darse a entender. «Hablaban mis pies, mis manos, hablaban mis cabellos, mi ropa y una navaja que colgaba de mi cinturón, también ella hablaba...» Me atrevo a decir que traducir es también bailar con las palabras.

Mientras narra las entrañas de la traducción de *Zorba*, los pasos, las búsquedas, el viaje, las versiones y el tiempo que es necesario dedicar, Selma Ancira comparte el método de una pasión. Una forma de vivir las palabras y los mundos que estas construyen y la manera en que lo hacen, una forma de vivir a los autores amados que pide una entrega cuerpo adentro, cuerpo afuera, un constante preguntar y preguntarse, un seguir hablando con el ausente, y hallar su beneplácito en la satisfacción de lo andado.

En la naturalidad de este ensayo, la autora nos comparte la belleza de su prosa y el poder de su voz. Es verdad, se viaja por las palabras, con ellas y hacia ellas. Son la

brújula y el mapa. Y Selma Ancira nos lleva por sus caminos y el gozo ancho de ello, a través de la deleitosa lectura de las suyas.

MÓNICA LAVÍN

¿Qué es lo más difícil?

Eso quiero.

Nikos Kazantzakis, *Ascética*

NOTA DE LA AUTORA

De cada uno de los libros que conforman mi biografía literaria podría escribir algunas páginas. Todos tienen detrás una historia. Todos han sido el centro alrededor del cual ha gravitado mi vida durante el tiempo en que caminamos juntos. Pero estas páginas se las quiero dedicar a *Zorba*. Un libro que adoro. Que he leído y releído decenas de veces en el original y también en mi traducción. Que amo y disfruto siempre como si lo leyera por primera vez.

SELMA ANCIRA

Visalibóns, verano de 2023

El tiempo de la mariposa

Nikos Kazantzakis llegó a mi vida por una película que no vi. Tampoco sabía que el guion estaba basado en una novela suya. Y, sin embargo, así, en ausencia, pero con su constante presencia, *Zorba el griego* dejó en mí una huella tan profunda que décadas después, ya convertida en traductora, no pude sino traducir el libro.

Llegó cuando yo no tenía más de ocho años, y, antes de ser palabras, fue música. Una música sugerente que invitaba a bailar. En casa aprendimos el baile.

Supé que en la película el papel de Zorba lo interpretaba Anthony Quinn, a quien mi padre, también actor, admiraba. Y que el escritorzuelo, el chupatintas, era Alan Bates, otro histrión que entusiasmaba a papá. Pero de quien yo me enamoré, aun sin haber visto la película, fue de Irene Papas, la viuda, la bella viuda cuyo rostro era la representación misma de Grecia.

Grecia... ¡Qué poderosa atracción ejerció en mí desde niña! Cuántas veces soñé con recorrer las estrechas callejuelas que miran al Partenón, y cuántas con perderme en el laberinto del minotauro. ¡Y cuántas más con aprender a hablar la lengua de Ariadna!... Muchas, infinitas. Me encantaba inventar palabras que sonaran como las de las canciones griegas que solíamos escuchar en casa. La música de la lengua me cautivaba.

Y, sin embargo, qué camino tan largo tuve que recorrer hasta conseguir echar anclas en la Hélade. Como escribiera Lope de Vega:

¡Por qué notables rodeos
a mi remedio he llegado!

Primero fue Rusia, donde atraqué seducida por nombres casi imposibles de pronunciar para una niña mexicana, pero con los que había convivido a lo largo de mi infancia y de mi adolescencia. Ahí, en Rusia, descubrí que la literatura de ese vasto país era mucho más de lo que podíamos leer en traducción a mi lengua. Que había autores cuya existencia ignorábamos. Que la riqueza de sus letras es casi infinita. Ahí, en Rusia, descubrí mi vocación. Supé que, cuando te cautiva un autor, te sientes capaz de dar la vida por traducirlo. Que traducir es comprender. Que traducir es compartir. Y, sobre todo, que traducir es escribir. Y que no se puede escribir de lo que no se conoce. Y ahí, también en Rusia, comencé a dar mis primeros pasos en el aprendizaje del griego moderno, aquella lengua anhelada, la que me había hechizado con la melodía de los versos

musicalizados que yo canturreaba sin saber lo que decían.

En la Universidad Estatal de Moscú, donde estaba haciendo mi Doctorado en Literatura Comparada, se abrió un curso de... ¡griego moderno! Y lo daba una profesora que tenía un nombre muy bello: Eftijía se llamaba, que traducido al español significa «felicidad». Así me sentí yo de pronto, como su nombre, feliz de comenzar a aprender, por fin, el idioma que me había acompañado con su musicalidad desde que tengo memoria de mí misma.

Nueve años después de mi desembarco en Rusia, llegué a Grecia con toda la ilusión de descubrirla, de conseguir algún día formar parte de ese bello y complejo mosaico que es la tierra que vio nacer a Safo, a Píndaro y a Homero, de ir haciéndola mía poco a poco. Llegué con la ilusión de conocerla, de conquistarla. Me entregué a la tarea de aprender la lengua con pasión, como si en ello me fuera la vida. Comencé a descubrir escritores que nunca había leído o, más aún, de los que

ni siquiera había oído hablar. Pasaba las tardes deambulando por las librerías, buscando a los autores y los libros que los maestros mencionaban, incursionando en nombres nuevos, probando a leer, con mi muy incipiente griego de entonces, alguna página o un verso. Así descubrí a Yannis Ritsos, a Lula Anagnostaki y a Nikos Gatsos.

Una de aquellas tardes, me topé con una estantería repleta de libros encuadernados en tela. Tela roja, rojo vino. ¿Granate, tal vez? En el lomo, escrito de forma horizontal y con mayúsculas, llevaban la inicial del nombre del autor y su apellido y, abajo, el título de la obra. Las cubiertas eran de un minimalismo extraordinario: lisas, llanas. Me intrigó aquel rincón de la librería, que me hizo pensar en el mar undoso de Homero, y me acerqué. Era Kazantzakis. Toda su obra, desde *Lirio y serpiente* hasta *Carta al Greco*. Aun a sabiendas de que no podría leerlo, busqué *Zorba*. Tomé el libro con devoción. Quería tenerlo entre las manos. Como si su esencia pudiera penetrarme con

Selma Ancira

Selma Ancira (Ciudad de México, 1956) es traductora literaria. Traduce del ruso y del griego moderno. Estudió en la Universidad Estatal de Moscú y más tarde en la Universidad de Atenas. En 1979, mientras cursaba la Licenciatura en Filología Rusa, recibió de manos de un agente literario un paquete de hojas mimeografiadas con tinta morada donde estaba reunido el epistolario con las cartas que, durante el verano de 1926, intercambiaron Rainer Maria Rilke, Borís Pasternak y Marina Tsvietáieva (a la que Ancira no conocía en ese entonces). Pasmada ante la belleza

de los textos, decidió que quería —que necesitaba— verterlos al español. Durante meses trabajó con el hijo de Pasternak y ahí, en esa escuela extraordinaria, aprendió que «para traducir necesitas conocer el mundo del autor».

Cuatro décadas después de aquel suceso, Ancira es reconocida por haberle descubierto al mundo hispanohablante la obra de Marina Tsvietáieva: una de las figuras más importantes de la poesía rusa del siglo xx. Además, ha traducido a una vasta cantidad de escritores griegos y rusos fundamentales como Lev Tolstói, Yannis Ritsos, Antón Chéjov, Nikos Kazantzakis, Alexandr Pushkin, María Iordanidu o Theodor Kallifatides. Todo lo anterior le ha merecido algunos de los premios más relevantes del gremio en Rusia, España y México, donde se convirtió en la primera persona en recibir el Premio Nacional de Artes y Literatura por su labor de traducción.

Como si buscara a través del texto original un territorio, unas ruinas, una atmósfera

propicia para hacer una mudanza en el lenguaje, las traducciones de Selma Ancira se distinguen por la importancia que tiene el contexto, la materia y todo aquello que el tiempo no diluye y permanece, como la escritura, accesible a quien lee con la idea de recrear una obra en otro idioma.

Mónica Lavín

Mónica Lavín (Ciudad de México, 1955) es periodista y escritora. Se graduó como bióloga de la Universidad Autónoma Metropolitana y al poco tiempo, en un viaje laboral con el Instituto Nacional de Ecología al Bolsón de Mapimí, «en un atardecer verdoso, como suelen observarse en los desiertos del norte», decidió que quería dedicarse a la escritura. Cuando volvió a la Ciudad de México, renunció a su empleo y comenzó una carrera literaria.

Las huellas de su paso por esa disciplina de taxonomías y equilibrio son particular-

mente evidentes en su obra cuentística, que incluye más de diez títulos. Su empeño hacia esas formas «donde no debe faltar nada, como en las ecuaciones» la llevó, en 1996, a ganar el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen con el libro de cuentos *Ruby Tuesday no ha muerto*.

Además ha escrito múltiples novelas (ganó en 2001 el Premio Narrativa de Colima por *Café cortado* y en 2010 el Premio Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska por *Yo, la peor*, una obra donde reconstruye la vida de sor Juana Inés de la Cruz), ensayos, cuentos infantiles y columnas periodísticas para el diario *El Universal*. Es maestra y miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

A pesar de dedicarse una a la traducción y otra a la escritura ficcional —ambas marcadas por esa advertencia de una intuición juvenil—, las trayectorias de Mónica Lavín y Selma Ancira pueden entenderse como tanteos por la senda voluble de la lengua: métodos de la perseverancia donde

el tiempo, como en un país ajeno, permite la adopción creativa de unas formas que empezaron sintiéndose extrañas. Ambos son viajes a través de las palabras.

COLECCIÓN EDITOR

Perder el Nobel, de Laura Esther Wolfson
Traducción y prólogo de Marta Rebón

Las posesiones, de Thomas Bernhard
Prólogo de Andrés Barba

Una vocación de editor, de Ignacio Echevarría
Prólogo de Emiliano Monge

Illegible, de Pablo Duarte
Prólogo de Tedi López Mills

Dentro del bosque, de Emily Gould
Traducción y prólogo de Isabel Zapata

Editar «Guerra y paz», de Mario Muchnik
Prólogo de Ida Vitale

Fallar otra vez, de Alan Pauls
Prólogo de Julián Herbert

El atuendo de los libros, de Jhumpa Lahiri
Prólogo de Carla Faesler

Un texto en camino, de Javier Jiménez Belmonte
Prólogo de Gonzalo Maier

El color favorito, de Valeria Tentoni
Prólogo de Daniel Saldaña París

Un cuento de Navidad, de Alejandro Zambra
Edición, prólogo y notas de Andrés Braithwaite

Momo en los infiernos, de Guillermo Espinosa Estrada
Prólogo de Daniela Tarazona

Porque traducir un libro es experimentar una especie de metamorfosis. Es convertirte en el autor, seguir sus huellas, andar sus pasos, leer los libros que él leía, descubrir a sus autores predilectos y dejarte o no cautivar por ellos; es adentrarte en el resto de su obra para situar, en el conjunto, el libro que traduces; es conocer sus diarios y sus cartas, rastrear sus traducciones, cuando las hay, y enterarte de su manera de entender este oficio, saber qué consideraba prioritario y qué superfluo; es conocer sus debilidades como ser humano y también sus fortalezas... Traducir un libro es transportarte al siglo y al entorno del argumento traducido, es recrear, en tu momento y tus circunstancias, un mundo muchas veces desaparecido.

Si en este momento me preguntaran quién soy, respondería, probablemente, que soy la suma de mis autores. De sus rasgos de carácter, de sus lecturas, de sus andanzas, de sus sueños y sus logros. Ellos, mis autores, aquellos a quienes he entregado mi tiempo y mi empeño, han ido modelando a lo largo de más de cuatro décadas mi manera de ser, mi forma de entender el mundo, mis anhelos y mis metas. Poco a poco, libro a libro, verso a verso, han ido afinando mi alma. He visto a través de sus ojos, he vivido sus congojas y sus triunfos, he seguido sus pasos literarios y humanos, he participado de sus vicisitudes y de su búsqueda espiritual. Porque traducir también es amar a quien traduces. —*Selma Ancira*

La colección Editor revela las historias que suceden antes de que un libro sea abierto por un lector: memorias y ensayos literarios sobre los oficios y procesos, largos e inesperados, que ocurren en el *backstage* del mundo editorial contemporáneo.

TALLER EDITORIAL
GRIS TORMENTA 2024
COLECCIÓN EDITOR 13

gristormenta.com

EN COEDICIÓN CON



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

ISBN 978-607-59556-6-7



9 786075 955667 >